

VER:

Las personas, a medida que vamos creciendo, necesitamos marcarnos objetivos. El objetivo es el fin que se desea lograr o la meta que se pretende alcanzar, y en función de su objetivo, la persona va tomando unas decisiones u otras. Hay objetivos a corto plazo, con un fin más o menos inmediato, y hay otros a largo plazo, que necesitan más tiempo para alcanzarse. Sean del tipo que sean, ésta es una tarea que nunca deberíamos abandonar: una persona sin objetivos es una persona sin motivación que va cayendo en la rutina y en la apatía. Los objetivos constituyen el “para qué” de nuestra vida, lo que nos da orientación y sentido.

JUZGAR:

También en la vida de fe necesitamos objetivos. En las etapas de infancia y juventud es más común proponernos objetivos a corto plazo: uno se prepara “para” la Primera Eucaristía, o “para” la Confirmación, o realiza los cursillos prematrimoniales “para” contraer Matrimonio... Pero una vez se han alcanzado esos objetivos a corto plazo, para la mayoría ya no hay más objetivos, ni a corto ni a largo plazo, y se vive la fe de un modo estancado, rutinario, limitándose en el mejor de los casos a cumplir el precepto dominical y participar en algunas celebraciones importantes o fiestas.

Sin embargo, la vida de fe no puede ni debe quedar estancada. Como indicó el Papa Pablo VI en “*Evangelii nuntiandi*” 14: “La Iglesia existe para evangelizar”. Y la evangelización, como hemos escuchado a San Pablo en la 2ª lectura, también tiene unos objetivos, pero no sólo a corto plazo. Hay un objetivo a largo plazo que no debemos pasar por alto: *Nosotros anunciamos a ese Cristo... para que todos lleguen a la madurez en su vida cristiana*. Éste ha de ser nuestro objetivo a largo plazo, como Iglesia y también como cristianos, y desde aquí hay que configurar esos otros “objetivos a corto plazo”, las etapas de ese proceso, que deben ayudar a alcanzar el objetivo de la madurez en la vida cristiana.

Y uno de los instrumentos que la Iglesia se ha dado a sí misma para llevar adelante el objetivo de *que todos lleguen a la madurez en su vida cristiana* es la Acción Católica General. La ACG nace y vive en la Iglesia y al servicio de la misión apostólica de la Iglesia, con el fin de “impulsar un laicado maduro, evangelizador, consciente y que cultive una espiritualidad apostólica centrada en Cristo” (Proyecto de ACG).

Y para alcanzar la madurez cristiana, un elemento indispensable es la formación. En el Evangelio hemos escuchado que Marta sólo se dedicaba a atender los “objetivos a corto plazo”: *se multiplicaba para dar abasto con el servicio*. Pero María, *sentada a los pies del Señor, escuchaba su Palabra*: ella tiene un objetivo a largo plazo: el conocimiento de Cristo. La respuesta de Jesús a Marta no es un menosprecio de “lo que hay que hacer”, sino que sitúa en primer lugar lo esencial, *la parte mejor*, el encuentro con Cristo, que es lo que permite y hace posible después la acción “a corto plazo”.

Por eso, en la ACG “la formación se propone suscitar, promover y alimentar la comunión con Jesucristo: Su finalidad no es meramente la transmisión de una doctrina, sino que es poner a la persona no sólo en contacto, sino en comunión con Jesucristo, mediante el encuentro personal con Él”. (Proyecto de ACG). Es el instrumento para vivir la experiencia de María: haber elegido *la parte mejor* que nos orienta hacia el objetivo de *llegar a la madurez en la vida cristiana*. Y en ese proceso formativo se van insertando los “objetivos a corto plazo”, la recepción de los Sacramentos, pero no como fines en sí mismos, sino como “momentos fuertes” que van señalando las etapas del proceso continuo de crecimiento y maduración en la fe.

ACTUAR:

¿Qué objetivos me he marcado en mi vida? ¿Han sido a corto o a largo plazo? ¿Me he marcado objetivos en mi vida de fe, o estoy estancado? ¿Tengo el objetivo de *llegar a la madurez en la vida cristiana*? ¿Qué instrumentos utilizo para ello? ¿Conozco la Acción Católica General y su Proyecto?

Estamos llamados a *dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza* (1Pe 3, 15), y esto requiere que todos los que somos y formamos la Iglesia no nos quedemos en objetivos a corto plazo, en el cumplimiento y sacramentalismo, sino que tengamos el objetivo a largo plazo de *llegar a la madurez en la vida cristiana*. Aprovechemos la ACG como el instrumento que la Iglesia nos ofrece para elegir *la parte mejor*, como María y así, desde el encuentro personal con Cristo, ser buenas “Martas” que se multipliquen para llevar a cabo el servicio de la misión evangelizadora, que es nuestra única razón de ser como Iglesia.